



Desmenuzando unos textos empapados de vida

“Jesús, Buen Samaritano”

Comentario sabroso y agradecido es el **Prefacio Común VIII** a la lectura del Deuteronomio y al evangelio del Buen Samaritano. Marcan un estilo de vida a seguir por todo bautizado.

Es un escrito de profunda densidad espiritual, digno de ser acogido y saboreado en el santuario íntimo del corazón, como una especie de eco eucarístico de las palabras del Señor.

No se trata solo de proclamar la obra redentora de Cristo, sino de actualizarla sacramentalmente en el misterio del "aquí y ahora" de cada celebración. En ella, no solo se informa sino que transforma; no recuerda, sino que revela; no es solo historia, sino presencia.

1. Una acción de gracias en toda circunstancia

“En todos los momentos y circunstancias de la vida,...” La liturgia nos enseña que **la alabanza no depende de las circunstancias**, sino de la fidelidad de Dios. Es auténtica cuando brota de un corazón que **ha reconocido el amor recibido**. No es un deber frío ni una fórmula ritual, sino una **respuesta libre, amorosa y agradecida**.

El cristiano no alaba a Dios para obtener algo, sino porque **ha sido alcanzado por su gracia**. Como María en el Magnificat, como el salmista que canta en la noche cfr 41,8, como Pablo y Silas en la cárcel cfr Hch 16, 25-34; **la alabanza brota incluso en la prueba**, porque sabe —por experiencia— que **Dios está presente**.

2. La alabanza en la liturgia: escuela de comunión

La **celebración litúrgica** es el lugar privilegiado donde la alabanza se hace **canto, gesto, silencio y comunidad**. En cada eucaristía, la Iglesia **se une al coro celestial** para proclamar el “**Santo, Santo, Santo...**” No es solo repetición, es participación: **una escuela que forma el corazón del creyente**, lo educa en la **gratuidad**, lo **libera del egoísmo** y lo abre a la **comunión real**, particularmente con los que sufren.

Este prefacio nos invita a reconocer a Cristo **no solo en su gloria**, sino en **la fragilidad de nuestra carne**. Y, ciertamente, vivimos **en un mundo profundamente herido**: no solo por las guerras, la violencia o las catástrofes visibles, sino también por **heridas silenciosas** que marcan el alma de millones: la soledad, la injusticia, el abandono, la ansiedad, la exclusión. Estas heridas **no siempre sangran por fuera, pero siempre gritan por dentro**.

3. Una espiritualidad que toca las heridas



La fe cristiana no ignora el dolor: **lo contempla, lo abraza, lo redime, lo transforma**. Jesús mismo **se revela como el Buen Samaritano** cfr Lc 10,25–37) que, ante la miseria humana, se detiene, ve, se compadece, se inclina, cura, carga, paga. Esto hace que la compasión, más que un mero sentimiento, sea un **movimiento interior que se convierte en acción sanadora**. **San Ambrosio**, en su obra *Expositio Evangelii secundum Lucam*, interpreta al Buen Samaritano como **figura de Cristo** que se inclina ante la humanidad herida, la cura, y la confía a la Iglesia.

Desde entonces, la Comunidad Cristiana está llamada a ser **posada de misericordia**, donde los heridos de la vida puedan **descansar, ser escuchados y sanar**. En ella, la Eucaristía **alimenta el alma** y el amor fraterno **cura las heridas del corazón**.

4. Sanar desde dentro: una tarea compartida

Porque las heridas del mundo no se curan únicamente con políticas o recursos —aunque también son necesarios—, sino con **presencia, compasión y escucha**. Cada uno de nosotros puede convertirse en **bálsamo para el otro**:

- **Escuchando sin juzgar**
- **Acompañando sin imponer**
- **Orando por los que ya no pueden orar**
- **Siendo rostro humano de la ternura de Dios**

La Eucaristía, vivida así, **transforma el dolor en ofrenda** y la ofrenda en un **servicio generoso y fecundo**. Celebrar el sacrificio de Cristo es **hacerse próximo de los crucificados de hoy**.

Conclusión: una alabanza que sana

Este texto nos enseña que **la liturgia no es solo alabanza, sino también medicina**. En ella, Cristo **se hace prójimo**, y nosotros, al unirnos a su canto con los ángeles y los santos, **nos convertimos también en samaritanos para los demás**. *“¡Ve y haz tú lo mismo!”* (Lc 10,37). La celebración no termina con el **Amén**, sino que **se prolonga en la caridad vivida**. Por eso, la alabanza es el corazón de la vida cristiana: porque **quien alaba, ama; quien ama, vive; y quien vive, hace vivir a los demás**.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Sal 68, 14 y 17. 30-31. 33-34. 36ab y 37

M Mi oración se dirige a ti, Señor,
el día de tu favor;
que me escuche tu gran bondad,
que tu fidelidad me ayude:
Respóndeme, Señor,
con la bondad de tu gracia;
por tu gran compasión, vuélvete hacia mí.
Yo soy un pobre malherido;
Dios mío, tu salvación me levante.
Alabaré el nombre de Dios con cantos,
proclamaré su grandeza con acción de gracias.
Miradlo, los humildes, y alegraos;
buscad al Señor, y revivirá vuestro corazón.
Que el Señor escucha a sus pobres,
no desprecia a sus cautivos.
Dios salvará a Sión,
reconstruirá las ciudades de Judá.
La estirpe de sus siervos la heredará,
los que aman su nombre vivirán en ella.

Este fragmento del *Salmo 68* es uno de los más conmovedores del salterio. Es una **súplica individual**, profundamente marcado por el sufrimiento, pero que se transforma en **alabanza confiada y esperanza comunitaria**. Resuena con fuerza en la liturgia, especialmente en contextos de aflicción y redención.

1. Clamor desde la angustia (vv. 14 y 17) *“Respóndeme, Señor, con la bondad de tu gracia”*

El salmista se encuentra en una situación límite.

No apela a sus méritos, sino a la **misericordia de Dios**. La súplica es urgente, pero no desesperada: está anclada en la certeza de que **Dios es compasivo y fiel**. Esta oración es modelo para quien, en medio del dolor, **elige confiar** en el amor de Dios como única salida.

2. Alabanza en la prueba (vv. 30-31) *“Yo soy un pobre malherido...”*

Aquí se produce un giro espiritual: el que **sufre decide alabar**. No porque haya sido liberado aún, sino porque **la alabanza es un acto de fe**. El salmista reconoce su pobreza, pero no se encierra en ella: **la transforma en oración agradecida** que, nacida del dolor, es más valiosa que cualquier sacrificio ritual (cf. v. 32).

3. Dios escucha a los humildes (v. 33) *“El Señor escucha a los pobres, no desprecia a sus cautivos.”*

Este versículo es una **profesión de fe en la justicia y ternura de Dios**. Él no se desentiende del sufrimiento humano. Escucha, acoge, se inclina. En un mundo que margina a los frágiles, este versículo es una **promesa de consuelo y dignidad**.

5. Esperanza para el pueblo (vv. 36ab y 37) *“Dios salvará a Sión, reconstruirá las ciudades de Judá.”*

La oración personal se transforma en **esperanza comunitaria**. El salmista no solo espera su salvación, sino la **restauración de todo el pueblo**. Es una visión profética: la **fidelidad de Dios se extiende a las generaciones futuras**, a los que aman su Nombre. Este salmo nos enseña que **la oración auténtica no niega el sufrimiento, pero lo transforma**.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo Sancta Ovetensis

DOMINGO XV “C”

Un texto para guardar en la memoria del corazón



Deuteronomio 30, 10-14

Habló Moisés al pueblo diciendo: **Escucha la voz del Señor, tu Dios, observando sus preceptos y mandatos, lo que está escrito en el libro de esta ley, y vuelve al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma... El mandamiento está muy cerca de ti: en tu corazón y en tu boca, para que lo cumplas.**

Lucas 10, 25-37

En aquel tiempo, se levantó un maestro de la ley y le preguntó para ponerlo a prueba: **«Maestro, ¿qué tengo que hacer para heredar la vida eterna?»**. Él le dijo: **«¿Qué está escrito en la ley? ¿Qué lees en ella?»**. Él respondió: **«Amarás al Señor, tu Dios, con todo tu corazón y con toda tu alma y con toda tu fuerza y con toda tu mente. Y a tu prójimo como a ti mismo»**. Él le dijo: **«Has respondido correctamente. Haz esto y tendrás la vida»**.